

"Raros" de la literatura cubana

Antonio Orlando Rodríguez

El pasado año cumplió cuatro siglos Espejo de paciencia, de Silvestre de Balboa -el poema épico que marca el "kilómetro 0" de la literatura de Cuba-, y la efeméride me hizo pensar en algunos buenos escritores que ha dado la isla. No en los consagrados, sino en otros menos conocidos, que bien podrían etiquetarse como "raros" por la singularidad de sus obras o por las circunstancias en que las hicieron.

El primero que me vino a la mente fue Ezequiel Vieta. Cuando leí, siendo un adolescente, la primera parte de su novela *Pailock el prestidigitador* (1966), aluciné con las peripecias del héroe, un mago de vodevil que hace desaparecer a Asmania, su esposa y ayudante, y al no poder devolverla al escenario, emprende un insólito viaje en su búsqueda. Vieta era un auténtico raro: un tipo fuera de lo común desde casi todo punto de vista, y su literatura, rica en alegorías y en transgresiones formales, era tan única como él mismo.

Cuando a fines de los años 1980 la editorial Letras Cubanas publicó la saga completa de *Pailock*—"nuestro *Ulysses*" en 500 páginas de letra microscópica—, el responsable de la edición me comentó: "Es monumental, pero aún no sé si se trata de la obra de un genio o de un loco". A la distancia, creo que las variantes no eran excluyentes. La narrativa de Vieta es siempre desconcertante, e incluso cuando abordó temas como el compromiso del intelectual con la revolución (*Vivir en Candonga*) o la leyenda de Che Guevara (*Mi llamada es*), lo hizo sin renunciar a su estética provocadora y personal. Las autoridades culturales temían a sus ocurrencias, porque nada pone tan nervioso al totalitarismo como la espontaneidad. Recuerdo que una vez, en una velada literaria, Vieta declaró que había días en que se despertaba amando mucho a Fidel. Y acto seguido, para estupor general y regocijo de parte del público, añadió: "Pero otros, lo odio profundamente".

Otro raro por antonomasia fue Arístides Fernández, un pintor que murió en 1934, poco después de cumplir 30 años, sin haber hecho nunca una exposición. A causa de su penosa situación económica, tenía que preparar personalmente los pigmentos que usaba, y eso le causó la muerte por envenenamiento. Al fallecer, dejó en su estudio un reducido número de óleos y dibujos que forman parte de lo más renovador de la plástica cubana de esa época. Y también diecisiete narraciones cortas que tienen poca relación, por su carácter expresionista, onírico y fantástico, con la literatura de sus contemporáneos.

Lezama Lima, amigo del joven y admirador de su pintura, lo dio a conocer como escritor al difundir algunos de esos relatos en las revistas *Espuela de Plata* y *Orígenes*. Cuentos como "La mano" y "La cotorra", que, tal vez por pudor, Fernández nunca intentó publicar, han aparecido

desde entonces en diversas antologías por su extrañeza y sus -cito a Lezama- "crujidos de leves sarcasmos y sombrías rebeldías".

En la literatura cubana del exilio también hay creadores con el cada vez más infrecuente don de no parecerse a nadie. El más notorio es Lorenzo García Vega, el benjamín del grupo Orígenes, autor de *Los años de Orígenes*, *No mueras sin laberinto*, *El oficio de perder* y otras obras. Salió de La Habana en 1968 y, después de vivir en Madrid, Nueva York y Caracas, terminó radicándose en Miami, un lugar que, según su experiencia, puede volver microscópica a la gente. Su vocación cubista, su sintaxis desafiante y su peculiar concepción del acto de escribir lo convierten en un poeta y narrador casi fantasmagórico, difícil de vincular con un estilo o movimiento.

Ganador en 1952 del Premio Nacional de Literatura, portero de Gucci en Manhattan y *bag boy* de la cadena de supermercados Publix en Miami, García Vega ha sido quizás el más persistente de nuestros autores; un "no-escritor" –según su autodefinición– alérgico a la farándula literaria, un hueso a veces duro de roer (de leer) hasta para los avezados.

Fuera y dentro de la isla han existido otros raros. Un caso notable es el de Guillermo Rosales, autor de *Boarding Home* (una pequeña obra maestra publicada en España como *La casa de los naufragos*), quien destruyó buena parte de sus inéditos y se suicidó en 1993, a los 47 años. Rosales padeció con dolorosa intensidad la dureza del exilio –pasó sus últimos años en precarios asilos psiquiátricos– y el estigma editorial que sufrían (¿peco de optimista al escribir este verbo en pasado?) los escritores cubanos de Miami.

Serafina Núñez también califica en este selecto club. Durante su juventud, sus versos fueron celebrados por Juan Ramón Jiménez (quien, según las malas lenguas, se chifló con su belleza) y por Gabriela Mistral (¿le pasaría lo mismo?). Pero desde 1959 fue borrada del mapa literario, durante más de tres décadas, por la cultura oficial. Un buen día, Serafina "resucitó" y muchos lectores descubrimos su existencia y los poemas intimistas que había escrito para las gavetas, tercamente, ajena a reclamos de índole política. De paso por Miami en 2001, la poetisa octogenaria restó importancia, desde su silla de ruedas y con fina ironía, a su largo ostracismo, atribuyéndolo al surgimiento de una legión de creadores jóvenes y a la mala memoria de los autores y críticos contemporáneos suyos.

Insuficientemente valorados o ignorados por incómodos, relegados por envidias o por tejemanejes políticos, y en el mejor de los casos reconocidos tardía o póstumamente, estos y otros autores-islas resultan insoslayables en un recuento de cuatrocientos años de historia literaria. Y son delicias para lectores gourmets.

© Antonio Orlando Rodríguez, 2009.

Publicado en el suplemento *Babelia*, de *El País*, Madrid, el 18 de julio de 2009.